

Historia en voz alta desde el principio al fin. Al terminarse la última reunión se levantó uno de los oyentes y propuso, según la costumbre de las comarcas del Norte, enviar un voto de gracias á Mr. Macaulay, «por haber escrito una Historia que pueden comprender los trabajadores» (1).

El pueblo de los Estados Unidos, leía aún con más vehemencia que el del Reino Unido la historia de sus comunes antecesores, con la ventaja de que, dada la falta de una ley internacional acerca de la propiedad literaria, pudieron leerlo á la par que se publicaba y á precio sumamente económico. El 4 de Abril de 1849 Mrs. Harper, de New York, escribían á Macaulay: «Rogamos á usted que acepte un ejemplar de nuestra edición económica de su libro de usted. Se han publicado otras tres por diferentes casas y otra está en preparación, de tal modo, que habrá ahora á la venta seis ediciones diferentes. Nosotros hemos vendido próximamente unos 40.000 ejemplares y suponemos que los demás editores habrán vendido unos 60.000. Probablemente de aquí á tres meses la venta habrá llegado á 200.000 ejemplares. Ninguna obra, de ninguna naturaleza, se ha apoderado tan completamente por sorpresa de todo nuestro país.» Un cumplimiento indirecto á la celebridad del libro fué hecho por la desesperada, y casi mutuamente destructora controversia que enfureció todos los periódicos americanos, acerca de si Mrs. Harper estaban autorizados para haber alterado la escritura de Macaulay para seguir las reglas ortográficas extendidas por el diccionario de Webster.

Ni tampoco se retrasaron las empresas editoriales

(1) Macaulay dice en su Historia: «Yo, realmente, aprecio mucho este voto.»

de París y Bruselas en proveer de este libro á los lectores cuyos apetitos por la literatura barata les hacen menos exigentes. Punch dedicó la mitad de una de sus columnas á una revista serio-cómica de la edición Galignani de la *Historia de Inglaterra*.

«Es un trabajo extraordinario. Un milagro de baratura. Un libro primorosamente impreso, en octavo real (si hay algo que sea real en la Francia republicana) y todo al infimo precio de 7 chelines 6 dineros de la moneda inglesa. Muchos miles de ejemplares de esta edición de la obra de Mr. Macaulay—lo que producirá un deleite al amor propio de su autor como ningún otro autor lo habrá conocido—han circulado en Inglaterra. «Señor—decía en Boulogne un librero, temblando su voz por la emoción;—señor, es imposible proveer á los viajeros de este libro; pero esperamos unos pocos miles de kilogramos más de la obra en el tren de mañana, y entonces, durante una semana, estaremos tranquilos. Regocija ver que los librerros franceses, belgas y americanos hacen todo lo que pueden por esparcir por el extranjero y en su país las semillas de la literatura inglesa. Señor—dice el librero francés levantando el tono—puede usted hacer el contrabando de este modo: divide usted el libro en dos mitades, que se coloca usted sobre el pecho, abrochándose el chaleco muy cerrado, y cuando usted desembarca, ve usted con la mayor indiferencia la cara de los empleados de las aduanas.»

Es un trozo característico de Macaulay que, tan pronto como su último pliego de prueba fué despachado á la imprenta, se consagró á la lectura de los historiadores, desde Heródoto acá. El sentido de su propia inferioridad á Tucídides hizo brotar en él más el amor propio que todos los comentarios desfavora-

bles hechos de su obra (bastante escasos, debe declararse) por los periódicos y revistas del día. Tenía la piel aún más fina como escritor que como político. Cuando creía en conciencia que había hecho lo mejor—cuando todo lo que estaba dentro de su poder había sido ejecutado con fe y diligencia—no salía de su camino para enojarse por críticas hostiles ó para perder tiempo y humor en meterse en una controversia con motivo de sus propios trabajos. De igual modo que el doctor Johnson, «había aprendido de ambas cosas, de su propia observación y de la historia literaria, en que él era profundamente versado, que el lugar de los libros en la pública estimación está fijado, no por lo que se escriba acerca de ellos, sino por lo que en ellos hay escrito; y que un autor cuyos trabajos están destinados probablemente á vivir, es verdaderamente indiscreto si descende á reñir con detractores cuyas obras están ciertamente destinadas á morir». «Jamás he sido capaz—dice Macaulay en una carta fechada en Diciembre de 1849—de descubrir aquello que un hombre tenga de más malo para ser atacado. Una línea indiscreta suya le hace más perjuicio que los más hábiles folletos escritos contra él por otras gentes.»

Debe reconocerse que, por lo que á su historia concierne, Macaulay no tuvo necesidad de acudir á su caudal de filosofía para revestirse de paciencia. Algunas escasas notas de desaprobación y censura aparecieron por aquí y por allá; pero fueron la mayor parte demasiado insignificantes para perjudicar el efecto producido por el coro de alabanzas; y la única que metió algún ruido fué áspera y discordante, hasta el punto de que todos se colocaron enfrente de ella. Se creyó por la generalidad que á Mr. Croker le habían

inducido á creer que podría entonces ajustar cuentas con su antagonista de otros tiempos. Esta oportunidad no se había aún presentado, y las gentes hicieron por sí mismas una perfecta justicia al encanto de las narraciones del historiador, mientras que *Quarterly Review* estaba dispuesto á informarles de todo lo que se dijera contra el libro ó su autor. Pero la buena fortuna de Macaulay los ha hecho aún esperar. No hubiera sucedido mejor si Macaulay hubiese disfrutado del privilegio de elegir su adversario las armas con que había de realizarse el asalto. Después de haber empleado cuatro meses en preparar su ataque, Mr. Croker le descargó, en un artículo tan amargo, tan tonto, y sobre todo tan enfadoso, que casi nadie consiguió entenderlo, y á nadie convenció. Muchos lectores, que esperaban la opinión autorizada de los críticos de profesión sobre la verdad y condiciones literarias de la obra de Macaulay, vinieron á la conclusión nada irracional de que los escasos detractores de este escritor estaban irreparablemente perdidos, al ver el escaso alcance y valer de aquella crítica tan trasnochada. Nada ni nadie podían haber abierto las páginas del *Quarterly Review* á aquel fárrago de coléricas heces, sino la deferencia con que su propietario pensó tratar á quien, cuarenta años antes, había auxiliado á Canning para fundar el periódico. El único efecto que el artículo produjo sobre el público fué renovar la lectura de la revista de Macaulay acerca de Croker de Boswell, demostrando que debió bastante al autor del artículo criticado por Macaulay cuando le condujo á criticarle él á su vez al cabo de diez y ocho años á un escritor veterano político y hombre de mundo, con un olvido tan completo del sentido, honradez y cortesía comunes.

La prensa whig, capitaneada por el *Times* y el *Escocks*, se apresuró á defender al historiador, y la tory se vió al fin igualmente envuelta en aquella poderosa corriente y obligada á renunciar á la crítica. Una cita subsiguiente puede mostrar que la flecha de Croker no fué muy distante de su propia casa. Realmente, en todo el Diario de Macaulay del año 1849 no puede señalarse sino una sola indicación en que se vea herida la sensibilidad de autor. «Febrero 17.—Voy al Athenaeum, y veo en un diario literario semanal un ataque necio y rencoroso á lo que digo de Procopio en la página primera del primer capítulo de mi obra. Me molestó un momento, pero tan sólo por un momento. Austin y Mahon, los dos han estudiado esta parte, y están convencidos de que he sido justo. Yo también lo estoy. No tomaré, por tanto, esto en cuenta.» Un año más tarde escribía á Mr. Longman: «He revisado el tomo décimo de la nueva edición de la Historia de Lingard, y no he encontrado que cite ni un solo error en mi narración. Naturalmente él aprecia los hombres y las instituciones de un modo muy diferente del mío. No hay allí referencia alguna directa á mí, sino mucha ratería y alguna capciosidad, de que yo no me he de preocupar.» Una vez que hubo madurado este juicio, Macaulay, en todo tiempo y bajo todas las tentaciones, obró en estricta concordancia con aquella famosa máxima de Bentley, que le gustaba repetir que ningún hombre fué jamás bien descrito si no por sí mismo (1).

(1) La vida de Bentley fué un constante ejemplo de su célebre frase. En el año 1856 escribía Macaulay, después que había ya hecho quizá su décima réplica á la gran crítica de la vida del obispo Monk: «Bentley me parece un ejemplo de hasta dónde puede ser echado á perder el poder intelectual de una naturaleza de lo más extraño y admirable que se puede ver por

«Lord Macaulay—decía un observador perspicaz que le conoció muy bien—es quizá el único ejemplo de un hombre de trascendente fuerza de carácter, voluntad y energía poderosas, que lo da todo á la literatura en lugar de consagrarlo á algún trabajo práctico»; y no puede negarse que, en su vocación de historiador, dió pruebas de cualidades que hubieran alcanzado gran éxito en casi todos los campos de la actividad humana. Sacrificar lo accesorio á lo principal, planear una tarea extensa y ardua y perseguirla sin remisión ni duda, resistiendo valerosamente todos los atractivos contrarios, vengan en la forma de entretenidos placeres ó deberes obligados; tales son las condiciones indispensables para alcanzar aquella alta y sostenida excelencia de ejecución artística que, en las bellas palabras de Jorge Elliot, «debe aliarse con la actividad de pensamiento y renuncia paciente de los pequeños deseos.» En un periodo en que el mero rumor de su presencia podía haber constituido el acontecimiento de una tarde en un salón en Londres, Macaulay consentía en ver menos cada vez, y á la larga casi nada, de la sociedad en general, porque con-

defectos morales. No fué por algún oscurecimiento de su memoria ó decaimiento de sus demás facultades lo que le hizo descender desde el primer lugar entre los críticos hasta el tercero ó cuarto. Fué su insolencia, su arrogancia, su confianza sin límites en sí mismo y el desdén hacia todos los demás, lo que le desprestigió. En lugar de tomar los asuntos que comprendía enteramente, y que podía haber tratado mejor que ningún hombre en Europa, prefería tomar aquellos otros que había estudiado superficialmente, y por tanto, dejaba de poner toda su inteligencia á lo que escribía. Emborrataba una docena de pliegos en latín de una sentada, enviándolos á la prensa sin leerlos otra vez, con lo que, como era natural, proporcionaba alimento á los pedantes capturadores de palabras, que estaban alerta para apoderarse de sus desatinos.

sagraba todas sus energías al trabajo que le preocupaba. Abandonó aquella Cámara de los Comunes que, á la primera frase de sus discursos, se sumía en profundo silencio, y en los primeros cinco minutos se inundaba de representantes. Observó, sin la más ligera sombra de pena ó de envidia, hombres que jamás se hubiesen aventurado á levantar sus reclamaciones contra él, elevarse, uno después de otro, á las cumbres del Estado. «Estoy sinceramente alegre, decía sir Jacobo Graham, de que haya conseguido tan gran éxito.» Los sacrificios que ha hecho por la literatura merecen un triunfo extraordinario; y cuando los hombres de Estado de su tiempo hayan sido olvidados, el historiador de la Revolución se recordará. Entre los literatos hubo algunos que sostenían que la fama de los volúmenes de Macaulay excedía á su mérito; pero sus antiguos rivales y colegas en el Parlamento, todos á la vez, se regocijaban con el próspero resultado de una empresa por cuya causa había él hecho más que lo que otros pueden jamás esperar alcanzar.

## CAPITULO VIII

1848-1852

Trozos del Diario de Macaulay.—Heródoto.—Mr. Roebuck.—Zozobras y éxito.—Aparición de la *Historia*.—Marcha de la venta.—El duque de Wellington.—Lord Palmerston.—Cartas á Mr. Ellis.—Observación de lord Brougham sobre el nombre de Eurípides.—Macaulay es elegido rector de la Universidad de Glasgow.—Su discurso inaugural.—Buenos propósitos.—Croker.—El doctor Parr.—La cátedra de Historia de Cambridge.—Byron.—Viaje á Irlanda.—Althorp.—Lord Sidmouth.—Lord Thurlow.—Muerte de Jeffrey.—Retrato de Macaulay por Richmond.—Comida en palacio.—Roberto Montgomery.—Muerte de sir Roberto Peel.—El *Preludio*.—Ventnor.—Cartas á Mr. Ellis.—Plauto.—Fra Paolo.—Gibbon.—La Bula pontificia.—Muerte de Enrique Hallam.—Cartas de Porson al arcediano Travis.—Carlos Mathews.—El castillo de Windsor.—Macaulay con coche propio.—Apertura de la gran Exposición de 1851.—Cobbett.—Malvern.—Cartas á Mr. Ellis.—*Wilhelm Meister*.—La batalla de Worcester.—Palmerston deja el Foreign Office.—Macaulay rehusa un ofrecimiento del gabinete.—El palacio de Windsor.—El *Rey Juan*.—Banquete de la Real Academia.

18 de Noviembre de 1848. Albany.—Reanudo el diario de mi vida después de un lapso de más de nueve años (1). ¡Qué mudanza! Desde que escribí las últimas líneas he sido miembro de dos Parlamentos y de dos gabinetes. He publicado con éxito varios volúmenes.

(1) Bueno es recordar que cuanto cruzaba por la mente de Macaulay puede verse en su Diario. Escribió estas páginas con la espontaneidad natural en quien hace anotaciones para su solo uso y con la prolijidad propia de un hombre que, á no ser por exigencias literarias, no acostumbraba á callarse nada de lo que tenía que decir. Ya se supone, pues, que los trozos que